

Guerra Entre Miristas

Quienes preconizan la violencia como sistema y método político no saben la magnitud de las fuerzas primitivas que con ella desencadenan. Porque bajo la apariencia del hombre civilizado late una masa de instintos que sólo las normas éticas y religiosas y el continuo dominio del espíritu pueden mantener frenada.

Es la reflexión que nace espontáneamente de la triste comprobación de la muerte de una sesentena de miembros del antiguo MIR chileno, que han sido eliminados por sus propios compañeros.

La nota que publica "Lea", de Buenos Aires, da cuenta de que los asesinados fueron víctimas de un largo proceso de divergencias, mutuas recriminaciones y disputas por dinero, que se inició junto con la caída del régimen anterior. Esos asesinatos ocurrieron en Francia, Argentina, Colombia, Venezuela, Panamá y México, lo que demuestra que el trágico fenómeno tuvo estallidos universales.

Los grupos miristas establecieron como principio que el orden democrático y la coexistencia de los miembros de una sociedad en forma respetuosa y pacífica era execrable. Había que provocar grandes cambios en el sistema político y en la convivencia humana. Pero esos cambios no debían hacerse ni por evolución ni por convicción, sino implantando la más desenfrenada violencia y aplastando por la fuerza a todos los que no compartieran ese criterio o tuvieran la osadía de oponerse a él.

Chile asistió en esos días trágicos a un espectáculo deplorable. Asaltos a mansalva, robo de industrias y de bancos, ataques a mano armada a grupos políticos o a simples personas perseguidas por el MIR, fueron de ordinaria frecuencia. La autoridad, cómplice de estos actos delictuales, nada hizo por contenerlos. No faltaron hombres de gobierno que entonces creyeron que esas violencias eran útiles para amedrentar a la ciudadanía y para abrir el camino a un comunismo integral

que, en el momento oportuno, liquidaría a los miristas por serles intolerables.

Pero lo violencia engendra la violencia y quien cree que ella constituye la razón de ser de una acción política concluye por ser víctima del propio monstruo que despierta. Huidos del país, dispersos en distintos lugares, los violentistas de entonces se han visto forzados, cotidianamente, a enfrentar una nueva situación. A las dificultades económicas encontradas en naciones extranjeras se sumaron las "liquidaciones de cuentas". Dineros robados y cuyos usos posteriores fueron decididos por el primer audaz, encendieron discusiones y crearon odios. Se culparon también recíprocamente de sus tácticas, acusándose de debilidades, errores o falta de audacia por no haber empujado todavía más al país a la catástrofe extrema que pretendían. Las rivalidades ayudaron a hacer estallar el conflicto y las venganzas sucedieron a las venganzas en una escala pavorosa.

Es obvio que en las contiendas entre quienes sólo aceptaban la violencia como sistema apelaron a la única manera que sus protagonistas preconizan y entienden: la liquidación inmediata y artera del rival o del disidente. Los cadáveres "ajusticiados" por los tenebrosos jueces en que cada uno de ellos se convertía fueron dejando su trágica huella en distintos países. Despreciando toda ley, porque esa era su suprema norma, han concluido asesinandose y poniendo en práctica la más brutal de las leyes: la de la venganza.

Los políticos y periodistas extranjeros que tantas veces se preguntaron por la suerte de estos miembros del MIR, y culparon al gobierno chileno de la desaparición de muchos de ellos, tienen ahora la explicación que rehusaron aceptar. Víctimas de sus propios métodos, exterminados por sus mismos camaradas, cada uno de ellos señala con trágica elocuencia que los violentos acaban por caer víctimas del terror ciego e implacable que provocan, y que, puestos en ese camino, ya nada ni nadie puede detenerlos.